

La izquierda frente a las centrales obreras: sindicalistas revolucionarios, socialistas y comunistas en la formación de la USA y la COA.

Hernán Camarero.

Cita:

Hernán Camarero (2011). *La izquierda frente a las centrales obreras: sindicalistas revolucionarios, socialistas y comunistas en la formación de la USA y la COA*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/250>

LA IZQUIERDA FRENTE A LAS CENTRALES OBRERAS. LA ACTUACIÓN DE SINDICALISTAS REVOLUCIONARIOS, SOCIALISTAS Y COMUNISTAS EN LA USA Y LA COA.

Autor: Hernán Camarero

Referencia institucional: CONICET / UBA

Correo electrónico: hercamarero@gmail.com

Resumen:

Durante la década de 1920 y hasta 1930, el movimiento obrero conoció el desarrollo de dos grandes centrales obreras: la Unión Sindical Argentina (USA) y la Confederación Obrera Argentina (COA). Ellas se agregaron a la ya muy reducida FORA V° Congreso, controlada por los anarquistas. La primera de esas organizaciones había surgido en 1922, bajo el impulso principal de los militantes del *sindicalismo revolucionario*, contando con una participación inicial de los socialistas y los comunistas. Los cuadros enrolados en el Partido Socialista posteriormente se escindieron de la USA y en 1926, junto a buena parte de los dirigentes *sindicalistas* de la Unión Ferroviaria, conformaron la COA. Los comunistas pasaron a desempeñar un papel muy gravitante en la USA, hasta que en 1929 acabaron desligados de ella y constituyeron el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC), completando así la división del movimiento obrero en cuatro entidades multisindicales. El objetivo de esta ponencia es explorar en profundidad este proceso de conformación y desarrollo de las centrales gremiales, deteniéndose particularmente en el papel que desempeñaron en ellas las distintas corrientes ideológico-políticas de la izquierda. Con ello, queremos aportar algunas reflexiones, desde la perspectiva de la sociología histórica, acerca de los grandes lineamientos estratégicos planteados en y por el movimiento obrero y la izquierda durante los años veinte.

Palabras claves: movimiento obrero, izquierda, socialismo, *sindicalismo revolucionario*, comunismo

Durante la década de 1920 y hasta 1930, el movimiento obrero conoció el desarrollo de dos grandes centrales obreras: la Unión Sindical Argentina (USA) y la Confederación Obrera Argentina (COA). El objetivo de esta ponencia es explorar en profundidad este proceso de conformación y desarrollo de estas centrales gremiales, deteniéndose particularmente en el papel que desempeñaron en ellas las distintas corrientes ideológico-políticas de la izquierda. En particular, pretendemos comprender los grandes lineamientos estratégicos planteados en y por el movimiento obrero y la izquierda durante los años veinte.

En general, el estudio de las centrales USA y COA ha merecido un tratamiento superficial desde el punto de vista historiográfico, y sólo existe algún conocimiento del tema en los clásicos textos que recorrieron la evolución del movimiento obrero a partir de una óptica militante (sobre todo: Oddone, 1949; Marotta, 1970; también en:

Abad de Santillán, 1971; Iscaro, 1973). Esta carencia está en sintonía con la escasa atención que recibió el estudio del movimiento obrero durante los años veinte. Hubo un examen bastante detenido de las tres o cuatro décadas anteriores, cuando, en el marco de una conflictividad laboral intensa, se produjo la emergencia de aquel actor social y se constituyeron las primeras organizaciones gremiales, bajo la preeminencia de las corrientes anarquista, socialista y *sindicalista*. Pero la mayoría de los textos sólo profundizó en sus análisis hasta la “Semana Trágica” de enero de 1919 y el período huelguístico ocurrido en los inicios de la primera presidencia de Yrigoyen (que se extendió hasta 1921). El tiempo que siguió a esta coyuntura, y en particular el de la segunda mitad de los veinte, en el que fue perceptible la suba del salario real, la baja en las tasas de desocupación y el descenso de la protesta social, quedó en una penumbra en la bibliografía. Habitualmente, los años veinte fueron mostrados como mera etapa menguante y residual del fuerte impulso de luchas y organización dado hasta principios de esa década; o se lo consideró como un oscuro ciclo de transición, previo a los importantes cambios que ocurrirían en el movimiento sindical durante el preperonismo.

Socialismo y movimiento obrero

La paradoja es evidente y ha sido muchas veces señalada: el PS se definió desde su primer momento como un partido obrero, una organización representativa de la clase trabajadora, no obstante lo cual, su relación con la esfera gremial fue tradicionalmente esquiva y volátil (Tortti, 1989; Aricó, 1999). La ortodoxia fijada por Juan B. Justo establecía que la lucha política y la sindical debían marchar por caminos separados, aunque de modo paralelo y articulado. Los afiliados socialistas tenían que participar de la vida de los sindicatos pertenecientes a sus oficios o ramas, y debían desarrollar en todos ellos la propaganda por el ideal colectivista, pero concibiendo a aquellas organizaciones como entes autónomos, libres de toda tutela partidaria, “sin entrometerse en la organización gremial, ni dejarse estorbar por ella”, según la clásica fórmula de Justo de 1917; que para reforzar la idea, establecía: “El Partido Socialista no debe inmiscuirse en la organización gremial. Colectivamente sólo puede servirla desde afuera, en cuanto a las leyes, el gobierno y la administración pública atañen a la organización gremial” (Justo, 1917).

En verdad, desde sus orígenes, es posible encontrar a los militantes del PS participando, de un modo u otro, en la vida interna de las organizaciones gremiales que se formaron en el país, y coadyuvando a la constitución de varias centrales o agrupamientos sindicales que quedaron bajo su relativo o aparente control. Pero lo que primaba era una conducta defensiva. El partido mostraba dejadez y escasa efectividad para influir decisivamente en la dirección y orientación de las centrales sindicales. Junto a los anarquistas, durante la década de 1890, los activistas laborales del PS montaron las primeras federaciones obreras comunes. Pero, cuando se logró conformar el proyecto unitario más firme, la Federación Obrera Argentina, en 1901, ésta rápidamente naufragó por las disputas intestinas, derivando en dos entidades separadas: la más reconocida y mayoritaria Federación Obrera Regional Argentina (FORA), que adoptó una clara definición anarquista, y la más pequeña Unión General de Trabajadores, nacida en 1902. Fue a ésta a la que terminaron adhiriendo los socialistas, quienes admiraban a su homónima española. Seis años después, esta UGT se convirtió en la Confederación Obrera Regional Argentina, pero cayendo bajo la hegemonía de una nueva corriente ideológica del

movimiento obrero, el *sindicalismo revolucionario*, que tuvo en los años siguientes un impetuoso desarrollo. Tras una fugaz reunificación de las centrales, en 1914, bajo la denominación de FORA, un año después volvió la división entre dos entidades de disímiles orientaciones: por un lado, la anarquista (que conservará por siempre la sigla FORA); por el otro, la *sindicalista*, con un apoyo moderado de los socialistas. Otra vez, los socialistas quedaban fuera del control efectivo de la central.

Estas situaciones fueron motivo de constante debate interno. Expresiones de izquierda en el seno de la organización se opusieron a esta postura de que el movimiento obrero debía ser autónomo y ajeno al Partido, contando con tácticas propias y fines específicos. La más importante, la que en enero de 1918 constituyó el Partido Socialista Internacional, había impugnado la médula de esta idea, sosteniendo la necesidad de activar dentro del movimiento sindical para ligar sus reivindicaciones propias con la lucha política. Para este fin, había constituido en mayo de 1914 el Comité de Propaganda Gremial (CPG), que fue combatido y luego disuelto por el oficialismo partidario. Durante sus dos años y medio de existencia, la actividad del Comité, cuyo principal dirigente fue el tipógrafo José F. Penelón, fue intensa, creando nuevas organizaciones y agitando a favor de la sindicalización “de base múltiple” y de un compromiso ideológico más decidido por parte de los gremios (Informe del Comité de Propaganda Gremial, 1917; Camarero-Schneider, 1991). El grupo orientador del CPG fue la base para la conformación de la fracción de izquierda internacionalista que posteriormente fundó el Partido Comunista, que con el paso del tiempo, como luego veremos, fue alcanzado fuerte gravitación en el movimiento obrero (Partido Comunista, 1947; Corbière, 1984; Camarero, 2007).

Tras ser disuelto el CPG, el socialismo ratificó este “bloqueo” con la Declaración de Avellaneda. En efecto, con la resolución titulada “Definición de la táctica y la doctrina socialista en materia gremial”, votada en el XIV Congreso Ordinario del PS, reunido en aquella ciudad en julio de 1918, se consolidó la posición justista acerca de la autonomía entre actividad gremial y política: “Que el deber de todos los afiliados es pertenecer a sus respectivas organizaciones gremiales. Que en ellas deben propiciar el más absoluto alejamiento de toda tentativa de embanderar las organizaciones obreras en el ‘comunismo anárquico’, en el ‘sindicalismo revolucionario’ y en cualquier partido político, así como oponerse a realizar campañas electorales a favor de cualquiera de estos. Que el concepto de las relaciones entre las diversas organizaciones obreras que tienen como fin propio la actuación dentro del terreno proletario por medio de una determinada forma de acción, como son los organismos gremiales, las cooperativas y el partido político de la clase trabajadora, debe estar basado en la cordialidad, si es posible y necesario en la cooperación, pero nunca en la hostilidad y el sectarismo excluyentes. Y que para esto, y para que la eficacia de la acción recíproca sea mayor, las organizaciones no deben hostilizarse ni tampoco confundirse, siendo conveniente que permanezcan independientes unas de otras para la mejor actuación dentro de sus respectivas esferas”. Declaración que fue ratificada en el congreso ordinario que el Partido celebró en noviembre de 1921, luego de la ruptura de los “Terceristas”, en donde se creó la Comisión Socialista de Información Gremial, sólo habilitada para operar como “orientación y consulta” para las “comisiones de oficio” partidarias. Los socialistas, durante los años veinte, no hicieron más que continuar con estas concepciones de escisión o articulación débil entre actividad política y práctica gremial, que giraron en torno al principio de la prescindencia ideológica de las organizaciones obreras. Precisamente, el estudio de

la experiencia histórico-concreta, tanto de la USA como de la COA, es una oportunidad para explorar estas cuestiones.

Sindicalistas, socialistas y comunistas en el seno de la USA

Como es bien sabido, el peso del *sindicalismo revolucionario* dentro del movimiento obrero argentino fue muy temprano y destacado. En nuestro país, la tendencia *sindicalista* (que había emergido en Francia e Italia), tuvo su embrión originario en el seno del propio PS en 1906. Su doctrina, entre otros, establecía como principio exclusivo de lucha el método de la acción directa (desde la huelga, el boicot y el sabotaje, hasta la insurrección y la revolución social), planteaba como única forma de organización válida la de los sindicatos y cuestionaba la intervención de los trabajadores en los partidos, recusando, además, toda participación en la arena parlamentaria (Del Campo, 1983 y 1986; Bertolo, 1993; Belkin, 2008). Tal como hemos señalado, la corriente *sindicalista* había acabado por hegemonizar la Confederación Obrera Regional Argentina, que se diluyó en la central más importante, la FORA, arrebatándole los *sindicalistas* la dirección a los anarquistas en el IXº Congreso de esa central en 1915. Desde entonces, se hablaría de la FORA IXº Congreso (diferenciada de la otra FORA, la del Vº Congreso, de orientación claramente ácrata). Durante el primer gobierno de Yrigoyen, la FORA *sindicalista*, acaudilló conflictos importantes, convirtiéndose en la más poderosa confederación sindical argentina hasta entonces existente.

Sin duda, la columna vertebral de esta central era la Federación Obrera Marítima (FOM), una organización muy poderosa desde 1916, que, bajo la orientación de un sagaz militante, Francisco J. García, había logrado imponer a las empresas navieras de cabotaje y ultramar una serie de conquistas laborales. Los conflictos en ese rubro fueron duros y prolongados; tal el caso de la huelga de catorce meses ocurrida en 1920-1921. Pero el avance de la FORA *sindicalista* incluso excedía el aporte de la FOM, pues luego de su Xº Congreso, la central ya reunía 200 organizaciones y 43.000 adherentes; y en el siguiente, reunido en la ciudad de La Plata a principios de 1921, la cifra se elevaba a 500 y 95.000, respectivamente, aunque al evento sólo pudieron asistir la mitad de esas representaciones (Marotta, 1961).

Si bien la FORA IXº Congreso se definió en torno a los principios del *sindicalismo*, a los socialistas no les quedó otro camino que permanecer en ella, como sector minoritario. Pero su presencia acabará erosionándose aún más luego de que buena parte de sus activistas obreros, junto a sectores juveniles, se escindieran y constituyeran en 1918 el Partido Socialista Internacional, que tres años después se transformó en el Partido Comunista. Esta debilidad socialista en el ámbito sindical se traduce en el hecho de que aunque mantuvieron presencia a nivel de la conducción de algunos gremios (gráficos, municipales, sastres y otros), los socialistas prácticamente no tuvieron representación en la conducción de la FORA IXº Congreso. Eso contrasta con la mayor inserción que lograron los comunistas: desde el congreso de 1921, el PC obtuvo 5 de los 15 cargos del Consejo Federal (entre los que se destacaba Penelón), y pugnó, infructuosamente, para que la central se adhiriese a la Internacional Sindical Roja (con sede en Moscú).

A propósito, señalemos que los comunistas, ya desde mediados de 1921, se manejaban con definiciones que alertaban acerca de los problemas y limitaciones

que afectaban al movimiento obrero argentino. Lo hizo en algunos documentos internos. El más completo diagnóstico que estableció el PC acerca de la situación sindical y de su papel en la misma es el que aparece en un informe enviado en agosto al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, elaborado por Pedro Romo y Juan Greco (en ese entonces, Secretario General y “Encargado de Cuestiones Gremiales” del partido, respectivamente). Allí, los dos dirigentes del PC reconocen que el movimiento sindical del país era débil, deficiente y poco extendido, en parte, debido a la escasa “concentración de enormes masas obreras”, pero sobre todo, a causa de su falta de “orientación precisa”. Eso habría estado motivado en que, “como efecto del oportunismo claudicante de los social-patriotas del mal llamado partido socialista”, los obreros organizados se volcaron al “apoliticismo” o “antipoliticismo”, renunciando así a la tarea de constituir un partido de clase y cediendo la iniciativa política a los partidos burgueses. La corporización de estas tendencias era el dominio que ejercían los *sindicalistas* y anarquistas en el movimiento gremial a través del control de las dos centrales obreras existentes en el país, la FORA IX Congreso y la FORA V Congreso (Romo-Greco, 1921). En lo inmediato, los comunistas observaban la extrema “desmovilización” imperante en todas las organizaciones obreras (que incluía un proceso de “desmembramiento” y “disolución” en varias de ellas), especialmente a partir de la dura derrota sufrida en la huelga general ocurrida entre fines de mayo y principios de junio de 1921.

Lo cierto es que, luego de que en 1921/1922 se cerrase el ciclo de aguda conflictividad social y de radicalización política iniciado en 1917, la FORA IX^o Congreso fue menguando sus fuerzas. En los meses siguientes, empezaron a sentirse los efectos de una serie de derrotas huelguísticas y reflujo en la movilización laboral. Desde entonces, sobrevino un ciclo de repliegue y creciente tendencia a la pasividad. En parte, esto se debió a la mejora en la situación objetiva de los trabajadores: si el antes mencionado índice de salario real en la Capital Federal había sido 100 en 1914 y había bajado a 78 en 1915-1919, entre los años 1920-1924 subió a 113, en tanto que una mejora semejante se produjo en los porcentajes del PBI per cápita (Díaz Alejandro, 1975). El debilitamiento de la FORA IX^o Congreso también tenía que ver con que los planteos *sindicalistas* provocaban el enfrentamiento constantes con los socialistas y comunistas. Cuando la central realizó un nuevo “Congreso de Unidad”, en marzo de 1922, el desgranamiento y las luchas internas se hicieron perceptibles: sus organizaciones ahora eran sólo 102 (frente a 60 que permanecían autónomas y 14 que actuaban dentro de la FORA anarquista); mientras que la credencial de Penelón fue rechazada por ser concejal en el distrito porteño, es decir, por haber dejado de “ser obrero”.

Fue precisamente en ese cónclave realizado en el amplio salón teatro Verdi del barrio de La Boca, cuando la FORA *sindicalista* se transformó, al unirse con algunos sindicatos autónomos, en Unión Sindical Argentina (USA). Los socialistas y los comunistas, a pesar de las fuertes discusiones, y de estar en desacuerdo con la carta orgánica que se votó en su congreso constituyente (y se ratificó en los siguientes), en donde se hacía gala de la doctrina *sindicalista* del “apoliticismo”, decidieron actuar, inicialmente, en la USA. Por cierto, la hegemonía *sindicalista* se iba debilitando a expensas del mayor fortalecimiento de las corrientes partidarias.

Rubens Iscaro arriesgó que, en su reunión fundacional, sobre un total de 27.000 cotizantes representados, 13.000 pertenecían a gremios orientados por adherentes

del PC (Iscaro, 1973). Pero el cálculo es exagerado: de ningún modo, las fuerzas del partido dentro de la USA llegaron a constituir la mitad del total. Eso se comprueba por el hecho que en el congreso de la central la votación a favor de la adhesión a la ISR fue negativa, a pesar de que los militantes del PC intentaron ganar el apoyo de varios cuadros *sindicalistas* y anarquistas para esa posición. La IC culpaba de ello a la “actitud del todo confusa” y sectaria del PC en el congreso fundacional de la USA: “A nuestro entender habéis fallado, ante todo, en la finalidad de fortificar el bloque de partidarios de la adhesión, condicional o incondicional a la Internacional Sindical Roja y derrotar así a los anarquistas dogmáticos y a los reformistas” (Carta del CE de la IC a la dirección del PC de la Argentina, 1922). La dirección del PC también negó esta acusación: “el partido, cumpliendo con su deber, ha hecho y está haciendo todos los esfuerzos necesarios para llevar al movimiento obrero hacia la Sindical Roja” (Greco-Penelón, 1922). En 1924, en un referéndum sobre afiliación a organismos mundiales, los comunistas plantearon, otra vez infructuosamente, la propuesta de adhesión a la ISR, que cosechó unos 11.000 votos, un tercio del total de los componentes de la USA (Marotta, 1970).

Por eso, puede afirmarse que la USA siempre se mantuvo en los cánones *sindicalistas*, basados en una prédica difusamente anticapitalista y antiestatalista. Eso le permitió captar la adhesión de cuadros provenientes del anarquismo, incluso de la experiencia de la FORA “quintista”. Esta retórica puede advertirse con claridad en su órgano de prensa, *Bandera Proletaria*. En esta perspectiva, los sindicatos eran considerados como los auténticos depositarios del futuro poder proletario, que surgiría de una revolución social a la que los *sindicalistas* no dejaban de proclamar como el objetivo último de su accionar. Uno de los principales principios de su Carta Orgánica sostenía: “Afirmar que la única vanguardia revolucionaria del proletariado la constituyen los aguerridos sindicatos que integran la USA, haciendo suya la tesis ‘Todo el poder a los sindicatos’, para el caso de una efectiva revolución, como la única que encuadra a la tradición sindical revolucionaria del país”.¹ No obstante, este radicalismo verbal estuvo muy lejos de traducir las prácticas cotidianas de la dirección de esta central, dispuesta cada vez más a la negociación con el Estado y el empresariado (Del Campo, 1996). La gran excepción fue la extensa lucha que sostuvo contra la ley de jubilaciones 11.289 impulsada por el Poder Ejecutivo, que incluyó una masiva huelga general en mayo de 1924. Para que la organización obrera pudiera reunir en su seno a todos los trabajadores, era absolutamente necesario su prescindencia en cuestiones políticas e ideológicas: ese era el credo *sindicalista* de la USA. Su órgano oficial no se cansaba nunca de postular que los gremios debían evitar todo embanderamiento ideológico: “Si los sindicatos se proclamaran de tal o cual opinión, agruparían a los obreros, no en calidad de hombres productores, explotados y oprimidos, sino en calidad de hombres que tienen tal o cual ‘opinión’. La agrupación se haría no por identidad de ‘intereses’, sino por afinidad de ‘ideas’”.² Se afirmaba que las cuestiones partidistas (o sea, “extrasindicales”), perturbaban a los gremios.

Fue debido a todas estas cuestiones que la convivencia de los socialistas (y también de los comunistas), con la dirección de la USA, resultó casi impracticable. A miembros del PS no les fue posible tal cohabitación: en los congresos de la central, sus diputados Agustín Muzio y Francisco Pérez Leirós, y su concejal Miguel Briuolo, sufrieron sistemáticamente el rechazo de sus credenciales como delegados de los gremios de los curtidores, municipales y gráficos, que representaban

respectivamente. La dirección *sindicalista* argumentaba que al ser electos miembros del parlamento o de las otras instituciones legislativas del Estado burgués, estos dirigentes habían dejado de ser trabajadores en el ejercicio de su función. Al mismo tiempo, los *sindicalistas* también vetaron la participación, en la conducción de organismos de la USA, de militantes del PC que habían sido candidatos a puestos legislativos o ejecutivos de cualquier nivel. Fueron todas estas fricciones las que conducirán a la ruptura de la USA y a la creación de una nueva central, la COA, la cual acabó teniendo un fuerte poder desde un comienzo. Retomando estudios previos, analicemos en detalle este proceso y el papel que en él desempeñaron los *sindicalistas*, los socialistas y los comunistas (Camarero, 2005).

La izquierda frente a la ruptura de la USA y la constitución de la COA

La dinámica de ruptura de la USA y conformación de la COA puede rastrearse desde mayo-junio de 1924, cuando los pocos pero sólidos y disciplinados gremios vinculados al PS, como la Unión Obreros Municipales y la Unión Obreros Curtidores, impugnaron duramente el espíritu “exclusivista” y “sectario” de la dirección de la USA, y decidieron separarse de ella. Los *sindicalistas* reaccionaron con una andanada de repudios al partido de Justo, al que adjudicaron responsable directo de la ruptura. Los comunistas reconocieron la validez de los reclamos hechos por aquellos gremios contra la conducción de la USA y su periódico *Bandera Proletaria*, en especial, en lo que hacía al sectarismo “antipolítico” y a la incapacidad para procesar las diferencias internas que hallaban en dicho grupo dirigente. Sin embargo, el PC se opuso a la división de la USA y desde la dirección de la Unión Obrera Local de Buenos Aires convocó a los gremios que habían protagonizado dicha escisión a que revieran su actitud.³

A aquellas organizaciones escindidas, agrupadas en un Comité de Relaciones de Sindicatos Autónomos, se sumó la poderosa Unión Ferroviaria (que no había sido admitida en la USA) y La Fraternidad. Ambas entidades del riel habían constituido la Confraternidad Ferroviaria, con casi 450 secciones adheridas. Así, se conformó un polo sindical con la suficiente fuerza numérica como para constituir un Comité pro nueva central. Hacia fines de 1925 ya estaba esbozada la carta orgánica que debía regir a la nueva organización. El PS apoyó la creación de la misma –*La Vanguardia* publicó íntegramente el texto de aquella carta orgánica–, y a través de Martín Casaretto, uno de sus voceros en la arena gremial, fulminó a las centrales existentes. Sin embargo, apoyándose en la Declaración de Avellaneda, negaba que la proyectada estructura fuera un producto propio: “Los socialistas no deseamos una central obrera supeditada a nuestro partido o adherido al mismo. Más aún: rechazamos categóricamente toda tentativa en ese sentido, considerando que tal subordinación –como cualquier otra– es inconveniente y peligrosa”⁴.

El 27 y 28 de febrero de 1926, en el local porteño de La Fraternidad, se realizó el congreso de fundación de una nueva central, que adoptó el nombre de COA. El día de apertura de las sesiones, *La Vanguardia* pontificaba en su tapa: “La asamblea convocada para hoy, y en la que han de quedar echadas las bases de la nueva central obrera, será realmente histórica”⁵. En el cónclave participaron delegados de 81.000 cotizantes, pero de los cuales 75.000 eran ferroviarios. De hecho, las organizaciones participantes plenas en el congreso y que tuvieron representación en la primera dirección de la central sólo eran la Unión Ferroviaria, La Fraternidad, y los

tres gremios capitalinos de más definida orientación socialista (el de los municipales, el de los curtidores y la Unión Obreros Cortadores, Sastres, Costureras y Anexos). Por ello, los *sindicalistas* intentaron deslegitimar a la COA, denominándola despectivamente “la central de los cinco sindicatos”, a lo que los socialistas contestaban recordando la absoluta superioridad numérica en afiliados que ofrecía la nueva organización⁶. Los intentos de ir sumando a la misma a otros sindicatos autónomos, es decir, que no operaban bajo los marcos ni de la USA ni la FORA anarquista, tuvieron, como se verá más adelante, un éxito limitado.

La justificación que la COA hizo de las razones que llevaron a conformarla presentó, desde un inicio, un carácter defensivo, basado en mostrarse como una entidad libre del espíritu faccioso, dogmático y aventurero que se adjudicaba al accionar de la dirección *sindicalista* de la USA y, también, a la prédica nociva del anarquismo (que mantenía a la vieja FORA) y del comunismo (que aún se ubicaba en los marcos de la USA): “Con la constitución de la Confederación Obrera Argentina se inicia una nueva era para la organización gremial del proletariado de la República Argentina, que hasta la fecha estuvo supeditada a la voluntad de pequeños grupos que se disputaban el predominio en la organización, rivalizando en la adopción de formulitas extremas, o tratando de reducirse la precaria autoridad moral; descubriéndose mutuamente las lacras que los corroen, y que los presenta como una plaga destructora de la acción sindical, a quien hay que aislar y combatir para no ser víctima de ella”.⁷ Si la COA se presentaba a sí misma como el resultado natural y legítimo de una oposición de algunos importantes gremios, antes fragmentados, ahora aglutinados, al curso sectario y destructivo que había adoptado la USA era para responder, en buena medida, al principal lastre que le adjudicaban sus adversarios: su subordinación y dependencia respecto al PS. En efecto, la USA acusó agriamente, y desde el primer momento, a la COA de ser un mero apéndice del PS, el que era reputado como “antiobrero”, “aburguesado” y “divisionista”.⁸

Sin duda, los signos que parecían mostrar una clara influencia socialista sobre la COA eran numerosos. Los primeros gremios que se enfrentaron duramente a la dirección *sindicalista* de la USA, se alejaron de ella e impulsaron el primer organismo que sentaría las bases de la COA, eran dirigidos por conocidos miembros del PS. Varios de los gremios que se sumaron posteriormente también eran los que estaban orbitando en torno al partido de Justo. Además, en el congreso fundacional de la central fue evidente la actuación de la Comisión Socialista de Información Gremial, el organismo creado por el PS para establecer cierta coordinación en el ámbito obrero. Los actos públicos de la COA, especialmente los que se hacían fuera de la Capital Federal, tenían una perceptible participación de los centros socialistas. Asimismo, varias de las figuras máximas de la COA pertenecían al socialismo; entre ellas, se destacaba la de Pérez Leirós, cofundador del gremio de los municipales en 1916, secretario general del mismo entre 1919-1944, miembro del Comité Ejecutivo Nacional del PS durante treinta años a partir de 1924 y diputado nacional por el Partido bajo cuatro mandatos, el primero de ellos, entre 1924 y 1928, es decir, el momento en que surgió y se desarrolló la nueva central (Pérez Leirós, 1974).

Tampoco es desdeñable el dato de que el periódico de la COA, *La Confederación*, se imprimiera en los talleres La Vanguardia, fuera realizado por obreros afiliados a la Federación Gráfica Bonaerense (otra de las organizaciones con gran presencia socialista) y contara con avisos de la Cooperativa “El Hogar Obrero” y la “Sociedad

Luz” (la Universidad Popular fundada por los socialistas en el barrio porteño de Barracas). En las páginas de dicho órgano de prensa no fueron infrecuentes artículos o recuadros de citas de algunos representantes del marxismo y la socialdemocracia (Federico Engels, Jean Jaurès, Francisco Largo Caballero) o del propio PS argentino (Juan B. Justo, Joaquín Coca, Enrique del Valle Iberlucea). Por otra parte, la primera declaración general de la COA, que abría su Carta Orgánica votada en su congreso constituyente de febrero de 1926, puede leerse como una alusión al programa del PS sancionado treinta años antes.⁹

No obstante todos estos elementos, es incorrecto afirmar, tal como se ha establecido muchas veces en las historias del movimiento obrero, que la COA era una organización dominada por el PS. Los primeros que intentaron dejar claro eso fueron sus propios integrantes. Pocos días antes de fundarse la COA, Joaquín Coca, en ese entonces secretario general de la Comisión Socialista de Información Gremial, fijaba la posición del Partido, contraria a todo posicionamiento ideológico-político de la naciente central: “Debemos decirlo bien alto: somos enemigos de todo embanderamiento de los sindicatos, incluso de su embanderamiento en el Partido Socialista, si hubiera quien, entre nosotros, lo propiciara. No queremos una central obrera adherida al Partido, ni queremos que la nueva central esté dominada desde afuera o desde adentro por el Partido. Ni nos ha pasado por las mentes que la central a organizarse sea un comité electoral del Partido. A lo que sí debemos aspirar, es a que la nueva central adopte las ideas que en materia de organización obrera y de acción gremial tenemos los socialistas”.¹⁰

Incluso, puede advertirse cómo, en sintonía con estas pautas, desde el principio la central hizo explícito su absoluta independencia de toda entidad partidaria y de toda tutela ideológica. En uno de sus textos de presentación, la central definía: “La carta orgánica de la COA está libre de todo embanderamiento, exenta de todo sectarismo y ¡guay de aquel que se atreviese a pretender enarbolar a su tope la bandera de su credo político o ideológico!”¹¹. Todavía más, la COA llegaba a definirse como la verdadera central política e ideológicamente prescindente del país. La idea de la imparcialidad política se profundizaba frente a las presiones o intromisiones de los “partidos capitalistas”, quienes solían intentar hacer pie en ciertos ámbitos, como el de los ferroviarios (posible fuente de muchos votos). Ello puede apreciarse en el modo violento como la COA y la dirección de la UF y LF reaccionaron frente a los intentos conservadores y radicales de constituir comités ferroviarios partidarios en vistas de las elecciones presidenciales de 1928.¹² Esto acompañó a la posición de los socialistas, quienes entendieron que la COA operaría como un freno a los “policastros radicales” y contribuiría a “desterrar de los medios gremiales obreros la influencia corruptora y anarquizante de los gobiernos y los políticos burgueses”.¹³

La central atemperaba la vocación de autonomía y se distanciaba de posiciones cerradamente antipolíticas, con un señalamiento clave: la renuncia a atacar a los partidos obreros (deporte predilecto de los *sindicalistas*). “La COA está libre de toda ligazón de las agrupaciones políticas e ideológicas, aun cuando éstas persigan idénticos fines pero por distintos medios. No inspira hacia ellas odios ni antipatías con el objeto de obstaculizar la acción que las mismas puedan desplegar. Por el contrario, es posible que muchas veces mire con acentuada simpatía toda actividad clara y sana en bien de la masa proletaria”¹⁴. Es decir, la COA era prescindente pero no vetaba a sus miembros que sí tenían una adscripción partidaria proletaria (o eran,

incluso, representantes en los cuerpos parlamentarios). Todavía más, la central había hecho explícita la posibilidad de que marchase junta, pero separada por sus funciones específicas, con los partidos proletarios, en función de objetivos comunes. Eso ya aparecía señalado en el último ítem de las pautas de acción general votadas en el congreso constituyente, en donde se ponía como objetivo de la central, “establecer las relaciones de solidaridad necesaria entre las distintas formas de organización y acción de la clase trabajadora”¹⁵. No obstante, la COA se cuidaba muy bien de aparecer demasiado cercano al socialismo. En las declaraciones de la central el PS nunca era invocado. Incluso, no fue infrecuente que rechazara realizar actividades conjuntas con dicho partido, debido a su carácter “político”.

Recapitulando, la existencia de la COA no puede explicarse sólo, o principalmente, por la presencia del PS en el medio sindical. La clave estaba en el extraordinario peso numérico y capacidad organizativa de los ferroviarios, durante muchos años, eje estructural del movimiento obrero. ¿En dónde radicaba el impresionante poder de los ferroviarios, específicamente, de la UF? El papel de los gremios del transporte, tanto los vinculados al tren como a la actividad marítima, eran claves para el funcionamiento del modelo agroexportador vigente en el país, pues podían atascar el flujo de mercancías y colapsar el sistema económico. Históricamente, dado el poder que representaban y la voluntad por la negociación que comenzaron a exhibir, pudieron ir alcanzando progresivos acuerdos con las compañías y los gobiernos radicales, quienes se mostraron interesados en conciliar con ellos. Entre los trabajadores del riel, y como un intento de superar la experiencia de la Federación Obrera Ferrocarrilera, se fue destacando la Unión Ferroviaria, que agrupaba a los empleados de diversos sectores: tráfico, talleres, almacenes, administración, vías y obras (Fernández, 1947).

Esta gigantesca UF había surgido como una organización centralizada en 1922, y fue dirigida durante sus primeros doce años por Antonio Tramonti, un dirigente imbuido de la práctica *sindicalista*. Junto a La Fraternidad, la antigua sociedad mutualista de maquinistas, fogoneros y limpiamáquinas, la UF había constituido la Confraternidad Ferroviaria, lo que potenciaba aún más su accionar. Esta última organización había obtenido del gobierno alvearista la personería jurídica, en función de la cual se adaptaron sus estatutos, lo que demuestra su moderación. También gracias a la ayuda de ese gobierno, la UF obtuvo beneficios salariales de las compañías, lo que acabó convirtiendo a los ferroviarios en una suerte de “elite obrera” (Horowitz, 1985). Los anarquistas, los comunistas y algunos *sindicalistas* pretendieron rivalizar con esta estructura, a la que acusaban de distanciarse de los principios de la “lucha de clases”, pero sus intentos fueron vanos. La FORA quintista hizo sobrevivir durante algún tiempo un raquítrico Sindicato Ferroviarios Unidos. Los comunistas y *sindicalistas* de la USA alcanzaron a conformar una organización algo más consistente pero que también resultó efímera, la Federación de Sindicatos Ferroviarios, que reivindicó una perspectiva “clasista” y logró liderar algunas huelgas durante 1925. Pero nada de esto pudo minar la existencia de la UF, que se reafirmó, y por muchos años más, como la principal organización sindical de la Argentina (y, posiblemente, de toda América latina).

Entre los socialistas y la UF existían contactos de los ferroviarios con el PS estaban muy aceitados. No pocos dirigentes del sector militaban en las filas del Partido. Como José Negri, Manuel Palmeiro o José Domenech. Por otro lado, el asesor

letrado de la Confraternidad era el destacado dirigente y parlamentario socialista Mario Bravo. No obstante, la independencia política de la entidad fue absoluta, consciente del enorme poder corporativo que representaba. Para ser más precisos, los ferroviarios, y su organización, la UF, no se habían sumado a la experiencia de la COA por poseer una identidad socialista que se contrapusiera con el espíritu “neutralista” de la USA, sino por conflictos internos del propio gremio ferroviario que, incluso, tenían que ver con disidencias entre los propios sectores *sindicalistas*.

Como sostiene Del Campo, “el alejamiento de los ferroviarios de la USA se había producido, más que por diferencias ideológicas de fondo, por discrepancias en cuanto a la forma de organización. Parte de su delegación había sido cuestionada en el congreso de 1922 porque en lugar de ser elegida por las seccionales lo había sido por los Comités Centrales de los sindicatos de Tráfico y de Talleres, que estaban en proceso de reorganización y centralización. Se trataba, por un lado, de una lucha interna en el gremio ferroviario (pues también había seccionales que habían elegido a sus delegados directamente, sin ceder ese derecho al Comité Central) y, por el otro, de una cuestión de principios sobre el papel de los cuerpos directivos y los peligros de la centralización [...] De modo que la incorporación de la UF a la COA se produjo más por resentimiento contra la USA que por afinidad con los sindicatos socialistas que organizaron la nueva central” (Del Campo, 1983).

Inevitablemente, la influencia de los trabajadores del riel se hizo sentir claramente en la dirección de la COA. Desde su formación hasta su disolución, fue elegido como secretario general de la misma el ferroviario Negri, a excepción de un breve lapso entre diciembre de 1927 y marzo de 1928 en el cual dicho cargo fue ejercido por el municipal Pérez Leirós. Este último venía de ejercer la prosecretaría durante los primeros dos años; luego, sería ocupada por Juan B. Quaini. Es de hacer notar que Negri, Pérez Leirós y Quaini durante esos años no sólo pertenecieron al PS, sino que fueron candidatos o precandidatos a integrar el Comité Ejecutivo partidario o sus listas de legisladores¹⁶. El resto de los cargos en la conducción lo ocuparon militantes socialistas, *sindicalistas* e independientes de diversos gremios. La estrategia era obvia: la UF se reservaba los cargos importantes, pero cedía las otras representaciones a los demás gremios, mayoritariamente socialistas o *sindicalistas* independientes, lo cual revelaba la naturaleza del acuerdo que había dado origen a la central. No es extraño, pues, que muchos entendieran a la COA como una cáscara que rodeaba el enorme poder de la UF.

El posicionamiento del PS, el PC y los *sindicalistas* ante el declive de la USA y la consolidación de la COA

Era claro que desde 1926-1927 la realidad de las dos centrales se presentaba como muy diferente, y la izquierda debía plantarse en ese escenario. La USA pugnaba por sobrevivir, intentando administrar un retroceso evidente, como luego veremos. La COA, en tanto, buscaba consolidar su enorme peso y expandir sus fuerzas. Pero tampoco resultaba fácil. En verdad, en los meses y años siguientes a su fundación, la COA no logró tener gran éxito en su estrategia de ir sumando a sus filas a otros gremios que pertenecieran a la USA. Una de las excepciones fue la (hasta ese momento, diminuta) Federación de Empleados de Comercio y Anexos de la Capital Federal, que, tras alcanzar una dirección socialista, migró de la segunda central a la primera. La tradicional Federación Gráfica Bonaerense, celosa de su autonomía y

que contaba con muchos militantes del PS (como Martín Casaretto), también se desvinculó de la USA hacia octubre de 1926 (y muchos vieron en ello una maniobra socialista)¹⁷, pero no se incorporó a la COA, a pesar de que estuvo cerca de hacerlo y de que varios de sus integrantes pugnaron por ello en los dos años siguientes¹⁸. Lo que sí logró anexar la COA fue una cierta cantidad de pequeños sindicatos de oficios varios de localidades de la provincia de Buenos Aires (Pergamino, Carhué, Olavaria, Junín, Trenque Lauquen, Azul) y, en menor medida, del interior del país (Tucumán, San Juan, General Pico, Río Cuarto). También se incorporó la Unión Obreros del Afirmado y la Liga Internacional de Domésticos. Con todos esos aportes, la COA acabaría rondando, un año después de formarse, los 90.000 afiliados. Pero en esa cifra, incluso con tendencia a disminuir, se mantendrá hasta el final.

La COA se distinguió por su rigurosa y reglamentada organización interna, que pautó en detalle las funciones, objetivos y mecánicas de funcionamientos de los cuatro órganos directivos de la central: el Congreso (asamblea soberana sujeta a una periodicidad ordinaria de tres años, pero con posibilidades de reunirse más regularmente bajo carácter extraordinario), el Consejo Nacional (formado por un representante por cada Federación de industria, de oficio, provinciales y territoriales, y reunido para tratar asuntos relevantes), el Comité Directivo (compuesto por quince miembros titulares y siete suplentes elegido por el voto general de los confederados y renovable cada tres años, que debía encargarse de aplicar los lineamientos establecidos por el Congreso y el Consejo) y la Junta Ejecutiva (órgano de conducción cotidiano, integrado por el secretario general, el prosecretario, el tesorero y dos vocales). El financiamiento de la COA se obtenía a partir de un aporte mensual de cada cotizante de las organizaciones adheridas. Asimismo, desplegó sólidos vínculos internacionales. El modelo de organización seguía al que había adoptado la UGT española, a la que se aludía con regularidad. Por otra parte, desde sus comienzos adhirió a la Federación Sindical Internacional, con sede en Ámsterdam. Esta organización se distanció de la USA y con el apoyo de la COA estableció en Buenos Aires su Secretariado Latinoamericano, desde donde se forjó el proyecto de crear una confederación obrera iberoamericana. La COA mantuvo relaciones con centrales afiliadas a la FSI, especialmente con la Confederación Regional Obrera Mejicana y la Federación Americana del Trabajo. Asimismo, acudió a las conferencias de la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra (Suiza), junto a delegaciones gubernamentales, en contrapartida con el repudio que a esta OIT ofrecieron los *sindicalistas* y los comunistas desde la USA.

El llamado a ejercer un gremialismo responsable, constructivo y orientado a la búsqueda de logros inmediatos fue la característica de la COA. Era desde estas concepciones y con la seguridad otorgada por su ventaja numérica, que la COA se orientó en una perspectiva reformista y moderada, que abría puertas a la negociación e intervención del Estado en los conflictos y a la obtención de leyes para los trabajadores. Las definiciones “extra-sindicales” no diferían de las que realizaba la USA: campañas en favor de presos sociales y políticos, denuncias a la acción de la Liga Patriótica Argentina y demás grupos reaccionarios, ataques al fascismo italiano y a las dictaduras imperantes durante esos años en España, Chile y Cuba, condenas a la guerra, al militarismo y al imperialismo (como la intervención yanqui en Nicaragua), etc. Fuera de ello, todo se centraba en frecuentes censuras de abusos patronales (y contra las “agencias de colocaciones”), en llamados a favor de la legislación laboral y de los convenios colectivos de trabajo, en las luchas

reivindicativas parciales de los distintos gremios y en la organización minuciosa de la actividad de los mismos, es decir, una dinámica que se hallaba en sintonía con las prácticas *sindicalistas*. Es notable, en este sentido, la escasez, o casi ausencia, de críticas o cuestionamientos por parte de la COA a las políticas económicas y sociales de los gobiernos de Alvear e Yrigoyen, lo que vuelve a confirmar el carácter neutral que le querían imprimir a la central sus dirigentes.

Ni la USA ni la COA, más allá de sus declamaciones, apuntaron a una dinámica de conflictividad y radicalidad. La huelga general y la movilización callejera fueron métodos raramente adoptados por ambas centrales. El único momento en que eso sí ocurrió fue cuando éstas se pronunciaron respecto a un tema que conmovía a la clase obrera de todo el mundo: la pena de muerte que pesaba sobre los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti en EE.UU. En esa ocasión, la COA y la USA, junto a la FORA anarquista, los gremios comunistas, el PS, el PC y otras organizaciones sociales y políticas, lanzaron una convocatoria a una huelga general con movilización, dando lugar a una de las escasas formas de frente único proletario de la década. El 10 de agosto de 1927 se realizó el masivo paro y una multitudinaria concentración con más de 50.000 asistentes en la Plaza del Congreso de Buenos Aires.¹⁹ La COA también dio respaldo a algunos conflictos que se desarrollaron en el sector ferroviario y municipal. Sin embargo, más allá de estas excepciones, ni la USA ni, sobre todo, la COA emprendieron ninguna lucha significativa durante sus cuatro años y medio de existencia, lo cual era motivo de fuerte condena por parte de la izquierda de orientación más revolucionaria, como el PC.

Quizás fue gracias a esta escasa vocación por el conflicto social que la COA pudo mantener, como ya se ha señalado, lo esencial de su estructura organizativa y de su peso numérico. Eso significó un logro no menor, si se lo coloca en el contexto de la situación global del movimiento obrero argentino durante los últimos años veinte. Un análisis de sus distintas representaciones, y de la relación de fuerza que se manifestaba entre ellas, permite observar el proceso de debilidad y fragmentación que caracterizaba al conjunto del gremialismo proletario durante ese período. En primer lugar, interesa apuntar una comparación en la evolución de la COA y de la USA. Mientras la primera presentaba el aspecto de una entidad lozana, la segunda se precipitaba en un proceso de debilitamiento. En efecto, ya desde su constitución en 1926, la COA superaba en cuatro o cinco veces en número de cotizantes a los de la USA, que en su II° Congreso Ordinario, realizado en el Salón Vorwärts en mayo de ese año, apenas alcanzó los 16.000, que estuvieron representados por 130 delegados provenientes de unas 100 organizaciones.²⁰ Según la COA, la mayoría de esas entidades eran meros “esqueletos”, vacíos de contenido: si 60 de ellas, tomadas de conjunto, apenas poseían 1.700 miembros, sólo el gremio municipal enrolado en la COA contaba con más de 3.000 afiliados²¹.

La disminución de las fuerzas de la USA era palpable. Esta merma no se debía sólo a la emigración de los sindicatos orientados por sectores afines al PS; detrás se hallaba la profunda crisis que venía sufriendo la FOM, el gremio históricamente más fuerte y leal a la corriente *sindicalista*, producto de una serie de derrotas que las empresas navieras habían infligido a los trabajadores del sector y que habían ocasionado múltiples despidos, con consecuencias directas sobre la organización que los representaba. La derrota sobrevino en la huelga de mayo de 1924. La FOM sufrió un debilitamiento abrupto y, luego de quedar casi disuelta, fue recién hacia

mediados de 1927 que comenzó a recuperar una porción escasa de su antiguo poder. La derrota y el retroceso de la USA confirmaban, en la visión de la COA, el éxito de la estrategia por ella impulsada y el irremediable fracaso de la concepción sectaria que identificaba en la central *sindicalista*.²² El PS opinó en los mismos términos acerca del cónclave de la USA.²³

En buena medida, fue debido a su retroceso, que la USA quedó cada vez más en una incómoda dependencia hacia la fuerza que podían aportar los comunistas, quienes venían evidenciando una creciente inserción en el proletariado industrial. La situación fue evidente en el acto del 1º de mayo de 1926 organizado por la USA en la Capital, que se transformó casi en un mitin copado por el PC. En el II Congreso ordinario de la central, reunido pocos días después, los *sindicalistas* demostraron el control que seguían ejerciendo: duplicaron a los comunistas, en cuanto al número de cotizantes representados, en ciertas votaciones que ponían en juego la adscripción ideológica, y pudieron imponer como nuevo secretario general de la central a Leopoldo Alonso, del Sindicato Obrero Afines del Automóvil. No obstante, debieron aceptar la elección de 4 comunistas al CC de la central (sobre un total de quince): el gráfico Ruggiero Rúgilo, el metalúrgico Antonio Cantor, el albañil Pedro Chiarante y el cartonero Pascual Petrucelli (luego reemplazado por Salomón Elguer), mientras el metalúrgico naval José Ravagni fue elegido suplente.

El PC, si bien se hallaba en minoría en la dirección nacional de la USA, tenía a su favor el hecho de controlar dos organismos claves de dicha central. En efecto, el PC venía controlando desde 1924 la Unión Obrera Local de Buenos Aires. Tras la secretaría general de Orestes Ghioldi, desde mediados de los años veinte, lo sucedieron Benigno Argüelles y José Morales, militantes del PC, acompañados de una conducción mayoritariamente perteneciente a ese partido. Al mismo tiempo, los comunistas habían fundado y dirigían la Unión Obrera Provincial cordobesa, que había decidido insertarse en la USA. Durante la segunda mitad de los años veinte, el PC continuó hegemonizando el Consejo Federal de la UOP (los secretarios generales fueron Antonio Maruenda y José B. Manzanelli), lo mismo que la mayor parte de la quincena de sindicatos que la integraban entonces, no sólo de la ciudad de Córdoba (Oficios Varios, gráficos, albañiles, y la Unión Obrera Local, que agrupaba a todos ellos), sino también del interior de la provincia. La dirección *sindicalista* de la USA acusaba a la UOP de poseer manejos sectarios y excluyentes, y de quedar en completa supeditación al PC.²⁴ Pero la *entente* entre sindicalistas y comunistas resultó finalmente inviable. Ya desde octubre de 1926, luego de que el CC de la USA expulsara de su seno al dirigente comunista J. Ravagni, por haber sido candidato electoral, el PC hacía el siguiente balance: “Hacer la historia de la Unión Sindical Argentina, surgida con tantos bríos de un congreso de unidad obrera, equivale a hacer la historia de un proceso agudamente divisionista y, a la vez, de una bancarrota creciente. El saldo que queda de la labor de la USA desde su fundación a la fecha no puede ser más negativo: sus efectivos han marchado barranca abajo y su eficacia ha sido poco menos que nula”.²⁵

¿Cuál era la posición del partido de Codovilla y Ghioldi respecto a la COA? Inicialmente, la condenaron como una experiencia divisionista. Sin embargo, sus militantes actuaban en varios de los sindicatos que formaban parte de dicha central. De hecho, conformaron “grupos rojos” en casi todos los sindicatos que constituyeron la COA, o que se sumaron a ella: tal el caso de municipales, curtidores, ferroviarios y

sastres, entre otros. No obstante las fuertes diferencias que tenía con su conducción y su orientación global, el PC, incluso, consideró la posibilidad de que sus militantes se incorporasen formalmente a los organismos de dirección de dicha central, dada la creciente envergadura que ésta estaba alcanzando²⁶. La participación de los militantes comunistas en la estructura de la COA, sin embargo, también fue vista con fuerte recelo por parte de su conducción y no pudo prosperar²⁷. El acuerdo único posible que la COA podía aceptar era con el PS, precisamente porque éste concebía a lo sindical y a lo político como planos separados, lo que permitía tolerar la autonomía de las organizaciones gremiales, y porque tanto la central como el Partido eran proclives a un curso reformista y moderado.

El movimiento obrero, las centrales sindicales USA y COA, y la izquierda que orbitaba en torno a él, afrontaban, para fines de 1927 y comienzos de 1928, una situación crítica, signada por el retroceso, la confusión y la atomización. El contexto global estaba marcado por una campaña electoral que coronaba la contundente reelección presidencial de Yrigoyen. Los partidos obreros, no sólo no pudieron presentar ninguna alternativa política de significación en el proceso electoral, sino que experimentaron terribles crisis internas en 1927. Primero el PS, con la ruptura de la fracción derechista encabezada por Antonio de Tomaso, que forma el Partido Socialista Independiente; luego, hacia fin de año, otra vez el PC, que (tras la ruptura de los “chispistas”, ocurrida en 1925) sufre la emigración de otro destacado grupo de militantes liderado por Penelón, hasta entonces, su principal figura pública. A eso se agregan las expectativas en el nuevo gobierno y el mantenimiento de una situación económico-social relativamente benévola, lo cual continuó manteniendo deprimidas tanto la protesta social como la actividad sindical. De conjunto, la tendencia en el movimiento obrero era de estancamiento, especialmente en Buenos Aires. La COA casi no disminuyó porque la UF, que congregaba a la mayoría de sus afiliados, era un gremio ya burocratizado que, a pesar de la ausencia de luchas obreras, podía conservar sus posiciones y sus activos. Pero la USA no dejaba de caer.

En enero de 1928, el PC calculaba que las diferencias numéricas entre la COA y la USA se habían incrementado aún más, 90.000 y 10.000 afiliados, respectivamente, y que los ejemplares vendidos de *Bandera Proletaria* no superaban los 5.000.²⁸ Los propios *sindicalistas* reconocían su fragilidad: “Desgraciadamente, hoy nos encontramos con pocos militantes, pocas organizaciones, puede decirse, ya que lo que existe es, en comparación a la obra realizada desde hace tantos años, una mínima parte”.²⁹ Fue la admisión de esta debilidad el motivo que, desde marzo, impulsó a la dirección de la USA a intentar reconstruir lazos con el PC, el cual, a su vez, luego de la escisión penelonista, también sufría fragilidad. Después de tantos enfrentamientos entre *sindicalistas* y comunistas, la disputa parecía atemperarse. La USA necesitaba el aporte del PC para contrapesar el poder cuantitativo de la COA y el PC pensaba sacar provecho de ello. Pero este nuevo intento no prosperó y al poco tiempo los comunistas fueron virtualmente expulsados de la central.

Hacia la constitución de una CGT *sindicalista*-socialista y del CUSC de los comunistas

La debilidad del movimiento sindical obró como presión para gestar un proyecto de unidad entre las dos principales centrales. Ya desde inicios de 1928, la COA comenzó a abandonar las críticas públicas hacia la USA; en un reportaje, Negri

afirmaba que observaba “una marcada evolución” en dicha central y condenaba el “estado divisionista” en que se hallaba el movimiento sindical.³⁰ La primera propuesta de unidad fue lanzada en julio de 1928, y provino de la Federación Obrera Poligráfica Argentina (FOPA), que llamaba a reunificar a todas las fuerzas sindicales en una sola entidad. Los socialistas, al principio, no parecían muy convencidos de la idea. Los comunistas, en cambio, en consonancia con la retórica general del *frente único*, se convirtieron en fogoneros de la misma; de hecho, su dirigente Manuel Punyet Alberti, junto al *sindicalista* Sebastián Marotta y al secretario general de la Poligráfica, el socialista Pedro González Porcel, fueron los miembros del CC de dicha federación encargados de hacer la gestión pro-unificación ante las tres centrales (COA, USA y FORA). El 7 de agosto una delegación de la FOPA fue recibida por el Comité Directivo de la COA, que escuchó con interés la propuesta de los gráficos y aceptó iniciar conversaciones en ese sentido. La USA, consciente de su debilidad, también acogió favorablemente la proposición: en su órgano de prensa fue haciéndose eco de los planteos unitarios y fue abandonando la campaña que tradicionalmente sostenía en contra de la COA. En octubre se logró formar la primera comisión pro unidad, compuesta por José A. Silvetti (de la USA), José Negri (de la COA) y Sebastián Marotta (de la FOPA).³¹

Lo cierto es que prácticamente todos los dirigentes antes mencionados (más allá de la afiliación socialista de Negri), respondían a concepciones o prácticas que no pueden denominarse más que *sindicalistas*. Es decir, se trataba de una reunificación de dirigentes obreros que priorizaban la autonomía del movimiento sindical, libre de tutela partidaria, como se iría comprobando en los documentos que sellarán la unidad sindical y sentarán las bases para la emergencia de la CGT. En el primero de ellos, de abril de 1929, que, en vistas al proceso de unificación, dejaba establecido un Comité Nacional Sindical compuesto por quince miembros de la USA y quince de la COA (igualando la representación de dos centrales que diferían ostensiblemente en su tamaño), se fijaba como primer principio: “Con el fin de mantener perennemente su unidad orgánica y la armonía entre sus miembros, la central obrera que resulte del acuerdo entre la COA y la USA será independiente de todos los partidos políticos y las agrupaciones ideológicas”.³² Que los dirigentes de la COA se avinieran a un proceso unitario que llevó a sancionar estos principios de prescindencia política en la actividad gremial y a “sobrerepresentar” la presencia de los *sindicalistas* de la USA, remite a la pérdida de espacio de los socialistas en el proceso de unificación. Pero no sólo no estarán con presencia clara los socialistas. Tampoco estarán los comunistas.

Esto último no se debía sólo a que la unidad en ciernes llevaba el signo del apoliticismo. También tenía que ver con que esta corriente estaba dando un giro a su estrategia, situándose en un terreno hostil a cualquier fenómeno unitario. En efecto, desde fines de 1928, con la adopción de la línea ultraizquierdista de “clase contra clase”, propia del llamado Tercer Período de la Comintern, el PC comenzó a exhibir una caracterización cada vez más sectaria y ultimativista sobre las organizaciones obreras. Ahora el PC planteaba que la posible unidad entre las tres centrales existentes en el país (USA, COA y FORA) sólo servía si se hacía sobre principios revolucionarios. Así, cuando en marzo de 1929 se empezaron a dar los primeros pasos efectivos en pos de la fusión entre las centrales, con el establecimiento de ciertas bases, los comunistas impugnaron ese proceso, afirmando que esos puntos de acuerdo estaban inficionados de reformismo, espíritu

colaboracionista y burocratismo³³. Al mismo tiempo, el PC pasó a definir a la COA como irrecuperable desde una perspectiva clasista, pues estaría sostenida en las capas privilegiadas de los ferroviarios. Dado que en la visión comunista, la USA traicionaba a su base (más plebeya) y capitulaba a la COA, y que la FORA anarquista era reputada como irrelevante, arcaica e inoperante, no quedaba otro camino que levantar una organización propia, que luchara por una verdadera “unidad de clase”. Con los gremios que el PC controlaba (muchos de los cuales habían sido excluidos o se habían separado de la USA), y con algunas agrupaciones gremiales, se constituyó en mayo de 1929 el Comité Nacional Pro Unidad Sindical Clasista.³⁴ En los meses siguientes, iría adoptando el nombre definitivo de Comité de Unidad Sindical Clasista. Entre 1929-1930, el CUSC, de hecho, se fue transformando en una suerte de central obrera preparada para rivalizar, tanto con la USA y la COA (en pleno proceso de fusión), como con la FORA anarquista. Así, mientras se diseñaba la unidad, se completaba la más grande división del movimiento obrero argentino en su historia, con la existencia de cuatro centrales que remitían a distintas doctrinas o influencias partidarias: la COA, la USA, la FORA y el CUSC. Fragmentación que se prolongaba al campo ideológico-político, con la existencia de dos PS, tres PC y una multitud de grupos *sindicalistas* y anarquistas...

La unidad, al menos entre las dos centrales más numerosas, se concretaría después. Pero se trataba de una fusión de organizaciones que se situaban a la defensiva y en actitud expectante, que ya no convocaban a la lucha, la cual quedaba en manos de comunistas y anarquistas. Durante la segunda mitad de 1929 los distintos referéndums en las entidades miembros de la USA y la COA fueron ratificando la idea unionista.³⁵ Ella se realizó en septiembre de 1930 (días después del golpe militar contra Yrigoyen), cuando se constituyó, a partir de la USA, la COA y algunos sindicatos autónomos, la Confederación General del Trabajo (CGT). Obviamente, fueron los ferroviarios los arquitectos de la unificación, y uno de ellos, Luis Cerutti, resultó electo como secretario general de la flamante entidad. Esta creación fue antecedida por posiciones poco comprometidas frente al golpe uriburista adoptadas por las direcciones de la USA y la COA (Abad de Santillán, 1958). Sus declaraciones llamaban a la prudencia y serenidad, reflejando preocupación por no perder la independencia y la naturaleza prescindente frente a las cuestiones “extrasindicales”. En los siguientes años, la CGT vegetaría en una actitud pasiva, reforzando aún más el carácter antipolítico, neutralista y economicista con el que nació, y que la mostró inerte para enfrentar las medidas antilaborales y represivas de los gobiernos de Uriburu y Justo. De hecho, esta primera CGT, a pesar del componente socialista que había en su seno, parecía encajar en el prototipo de una central *sindicalista*. En definitiva, este era el destino inexorable de una central que se filiaba en una USA *sindicalista* y una COA que se debatió entre signos externos de socialismo y prácticas esencialmente *sindicalistas*.

A modo de conclusión

El análisis del surgimiento y evolución de las centrales USA y COA, permiten arrojar algunas conclusiones acerca del carácter del principal partido de izquierda, el PS. Durante la segunda mitad de los años veinte la COA nació, se desarrolló y acabó conformando la CGT en un recorrido moderado y reformista que estuvo estrechamente vinculado al PS. Sin embargo, la central mostró un curso autónomo, libre de compromisos y definiciones políticas y programáticas definidas, basada en

una práctica de reclamo sectorial y casi corporativo. ¿Cuáles son las razones de ello? Además de las limitaciones de origen, es decir, al hecho que haya sido una central surgida de modo defensivo, principalmente por la exclusión de algunos gremios de conducción socialista por parte de la USA *sindicalista* y por el coyuntural enfrentamiento entre los dirigentes ferroviarios y los de esta misma central, la explicación debe situarse en la propia posición que el PS adoptó frente a la COA. Ella fue no sólo de aceptación de la prescindencia ideológica de dicha central sino de promoción de la misma, lo que hizo que la COA se refugiase en un pragmatismo reivindicativo, apenas alterado por tenues posicionamientos políticos, que reforzó el elemento *sindicalista* que siempre tuvo en su seno.

Nuestra hipótesis es que el problema para el PS era que el *sindicalismo*, a su modo, traducía lo que el propio Partido no dejaba de propugnar: autonomía entre lo sindical y lo político. Entre ambas corrientes, más allá de los enfrentamientos que sostenían, había una suerte de convenio o pacto implícito, en contra de los “tutelajes”, “embanderamientos” o mezcla de aquellos dos niveles: para uno existía sólo lo sindical; para el otro, los niveles de representación obrera eran múltiples, pero el específicamente socialista parecía ser el político (que, en clave reformista, se transmutaba en electoral, parlamentario e institucional). El choque entre ambas corrientes se producía cuando los *sindicalistas* avanzaban en prácticas sectarias, y pretendían anular a los socialistas, reivindicando hasta el final su doctrina de que los gremios eran la *única* forma posible de agregación de los trabajadores.

Incluso, podría afirmarse que el PS era aún más consecuente que el *sindicalismo* en el planteo de la prescindencia. Por eso, siempre se había negado a imprimir una estrategia explícitamente socialista a las organizaciones gremiales, desaprovechando la incidencia de su masa de afiliados de origen proletario. ¿Esto no significaba, acaso, una desatención o despreocupación del Partido por el movimiento obrero en toda su extensión y su potencialidad? Hay un elemento contundente que abona una respuesta positiva a este interrogante. ¿Sobre qué sectores asalariados el PS logró captar una adhesión sustantiva? Hacia 1926 las agrupaciones socialistas de gremios eran: ferroviarios, municipales, comercio, marítimos, gráficos, cuero, gastronómicos, choferes y vestido. La composición interna de la COA también es bien indicativa: la casi absoluta mayoría de sus integrantes provenían, igualmente, de los sectores ferroviarios, municipales y empleados de comercio. O sea, estamos ante trabajadores del transporte y los servicios, a los que se sumaban unos pocos manufactureros tradicionalmente organizados. En esos ámbitos, la dinámica era privilegiar la administración de organizaciones existentes (que en el caso de los ferroviarios, habían dado a lugar al surgimiento de una “aristocracia obrera”), proclives a la negociación pragmática y acostumbrados a obtener concesiones económico-sociales. En parte, algo parecido había ocurrido con los *sindicalistas*, que se hicieron fuertes en torno al poder del gremio marítimo. Pero, ¿qué pasaba con el grueso del movimiento obrero industrial, que venía multiplicándose al compás del fuerte crecimiento del sector desde la década del veinte y que no disponía ni de una fuerza ni de una tradición tan firme?

Al estudiar la conflictividad y la organización obreras en el espacio industrial durante la segunda mitad de aquella década, se advertirá lo acotado de la presencia socialista, especialmente si se lo compara con la inserción que manifestaban los comunistas y, en menor medida, los anarquistas. El dato es notable porque el PS

alcanzaba el primero o el segundo lugar en las elecciones que se realizaban en Buenos Aires, mientras que el PC obtenía apenas un 10% o a lo sumo un 20% de los votos que obtenían los socialistas. Pero los comunistas superaban a aquellos en cuanto a nivel de implantación en el proletariado fabril (en especial, entre los obreros de la construcción, de la carne, de la madera y de la metalurgia).

La débil inserción del PS en el proletariado industrial permite detectar algunos factores interesantes. Implantarse en ese sector demandaba capacidades, habilidades y voluntades que el Partido no parecía en condiciones de exhibir. Los socialistas carecían de la decisión, escala de valores y repertorios organizacionales para acometer el desafío de llegar a estos trabajadores, ofrecerles una alternativa de acción en sus sitios de trabajo y montar una organización sindical que debía luchar denodadamente contra la oposición patronal. Por ello, no es casual que los que sí fueron logrando esta inserción hayan sido los comunistas, quienes pudieron exhibir aquellas “cualidades”: un compromiso militante férreo y abnegado (basado en una ideología redentora/finalista) y una particular forma de intervención, sostenida en una red de células clandestinas y blindadas, verdadera máquina de reclutamiento, acción y organización, apropiada para desembarcar en fábricas y talleres.

La COA puede ser entendida, entonces, como una experiencia que articuló el pragmatismo burocrático de la UF, el reformismo socialista que postulaba la separación entre lo sindical y lo político, y la ausencia de una presión proveniente de ese movimiento obrero más explotado e inquieto que se iba extendiendo en los ámbitos fabriles y que los socialistas se mostraban reacios o impotentes para organizar. La USA representaba una estrategia no muy diferenciada, pero bajo un formato ideológico diferente, el del *sindicalismo*. Aquella CGT surgida en 1930, corporativa, conciliadora y extremadamente moderada, no pudo ser sino la hija natural de esta experiencia de la COA y de su matrimonio con la USA. En definitiva, la primera CGT será un aparato poderoso, con cierto poder de negociación, pero ineficaz para canalizar las tendencias de insatisfacción y radicalización obreras.

Principales diarios y semanarios analizados

La Confederación. Órgano de la Confederación Obrera Argentina (1926-1929); Bandera Proletaria. Órgano de la Unión Sindical Argentina (1925-1930); La Vanguardia (1920-1930); La Internacional. Órgano del Partido Comunista (1920-1930).

Referencias bibliográficas

Abad de Santillán, Diego (1958): “El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930”, *Revista de Historia*, Buenos Aires, II, 3.

----- (1971): *La FORA, ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*. Buenos Aires, Proyección.

Aricó, José (1999): *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.

Bertolo, Maricel (1993): *Una propuesta gremial alternativa: el sindicalismo revolucionario (1904-1916)*, Buenos Aires, CEAL.

Belkin, Alejandro (2008): *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en Argentina*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Camarero, Hernán (2007): *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana.

Camarero, Hernán y **Schneider**, Alejandro (1991): *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires, CEAL.

Camarero, Hernán y **Herrera**, Carlos M., editores (2005): *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.

Carta del CE de la IC a la dirección del PC de la Argentina (1922), Moscú.

Corbière, Emilio (1984): *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL.

Del Campo, Hugo (1983): *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO.

----- (1986): *El "sindicalismo revolucionario" (1905-1945)*, Buenos Aires, CEAL.

----- (1996): "Sindicatos, partidos 'obreros' y Estado en la Argentina pre-peronista", en W. Ansaldi y J. L. Moreno (comps.): *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires, Cántaro.

Díaz Alejandro, Carlos F. (1975): *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.

Fernández, Manuel S. (1947): *La Unión Ferroviaria a través del tiempo. 25 años al servicio de un ideal, 1922-1947*, Buenos Aires.

Greco, Juan y Penelón, José F. (1922) "Informe de la delegación argentina. Al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista", septiembre.

Horowitz, Joel (1985): "Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943). La formación de una elite obrera", *Desarrollo Económico*, año XXV, N° 99, octubre-diciembre.

Informe del Comité de Propaganda Gremial (mayo 12 de 1914-agosto 31 de 1917), (1917): Buenos Aires, Comité de Propaganda Gremial.

Iscaro, Rubens (1973): *Historia del movimiento sindical*, Buenos Aires, Fundamentos.

Justo, Juan B. (1917): "La organización gremial y el PS", *La Vanguardia*, año XXII, N° 3441.

Marotta, Sebastián (1961): *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo II. Período 1907-1920*, Buenos Aires, Lacio.

----- (1970): *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo III. Período 1920-1935*, Buenos Aires, Calomino.

Oddone, Jacinto (1949): *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia.

Partido Comunista (1947): *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo.

Pérez Leirós, Francisco (1974): *Grandezas y miserias de la lucha obrera*, Buenos Aires, Libera.

Romo, Pedro y **Greco**, Juan (1921): "Informe de la situación sindical en la Argentina. Al CE de la IC", 2 de agosto.

Tortti, María Cristina (1989): "Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical", Buenos Aires, CEAL.

¹ *Bandera Proletaria*, 03/01/25.

² B. Bosio, "Para que resulte eficaz, el movimiento obrero debe ser ideológicamente neutral", *Bandera Proletaria*, 21/01/28.

³ "Actitud asumida por la UOL frente a los sindicatos que se separan de la USA", *Boletín de la Unión Obrera Local de Buenos Aires* (adherida a la USA), octubre 1924.

⁴ M. S. Casaretto, "Por la solidez de la organización obrera argentina y la mayor eficacia de su acción", *La Vanguardia*, 01/01/26.

⁵ "La asamblea de hoy. Por la organización gremial proletaria", *La Vanguardia*, 27/02/26.

⁶ F. Pérez Leirós, "La farándula unionista está desesperada ante la inminente constitución de la nueva central", *La Vanguardia*, 25/02/26.

⁷ "La Confederación Obrera Argentina", *La Confederación*, mayo 1926.

⁸ "La realidad. Excluyente, divisionista y sectaria es la carta orgánica que los socialistas han redactado para uso de la nueva central", *Bandera Proletaria*, 20/02/26.

⁹ "Carta orgánica de la Confederación Obrera Argentina", *La Confederación*, mayo 1926.

¹⁰ J. Coca, "Comisión socialista gremial. La nueva central obrera. Exhortación a todos los centros y agrupaciones del partido", *La Vanguardia*, 24/01/26.

¹¹ “La Confederación Obrera Argentina”, *cit.*

¹² “Repudiamos la acción electorera de los enemigos del proletariado y afirmamos nuestra prescindencia frente a partidos políticos o agrupaciones ideológicas”, *La Confederación*, diciembre 1927.

¹³ “Un gran paso adelante en el movimiento obrero”, *La Vanguardia*, 03/03/26.

¹⁴ “La Confederación Obrera Argentina”, *cit.*

¹⁵ “Carta orgánica de la Confederación Obrera Argentina”, *cit.*

¹⁶ “Nómina completa de propuestos como candidatos en las asambleas primarias de los centros, para el comité ejecutivo, para la comisión de prensa”, *La Vanguardia*, 28/07/26.

¹⁷ También los comunistas condenaron esa escisión en los mismos términos: “Los socialistas consumaron la maniobra divisionista”, *La Internacional*, 09/10/26.

¹⁸ “Abandonemos la autonomía”, *La Confederación*, julio 1928.

¹⁹ El enorme título de tapa de *La Confederación* daba cuenta de la envergadura de los acontecimientos: “Más de un millón de trabajadores secundaron la resolución de la Confederación Obrera Argentina”, *La Confederación*, agosto 1927.

²⁰ “Representaciones”, *Bandera Proletaria*, 22/05/26.

²¹ “El Congreso usista”, *La Confederación*, junio 1926.

²² “Dos métodos y sus resultados”, *La Confederación*, enero 1927.

²³ “El congreso de la USA. Una institución que va barranca abajo”, *La Vanguardia*, 18/05/26.

²⁴ “La obra de los políticos en la provincia de Córdoba”, *BP*, V, 254, 20/2/26.

²⁵ “Con la separación de Ravagni, el Comité Central de la USA remata su profesión de fe divisionista”, *La Internacional*, 23/10/26.

²⁶ Discusiones e informe de Rodolfo Ghioldi en reuniones de la Comisión Argentina del Secretariado de América latina de la IC, 3/1/28 y ss., actas y notas taquigráficas.

²⁷ Ver la condena al intento comunista por formar agrupamientos en el interior de los sindicatos y centrales: “Las ‘minorías’ en los sindicatos”, *La Confederación*, marzo 1927.

²⁸ Informe de R. Ghioldi en la reunión de la Comisión Argentina del Secretariado Sudamericano de la IC, 3/1/28, Actas y notas taquigráficas.

²⁹ “La USA inicia la campaña de reorganización”, *BP*, VII, 352, 25/2/28.

³⁰ “Un reportaje a nuestro compañero José Negri”, *La Confederación*, mayo 1928.

³¹ “Se han iniciado los trabajos en pro de la unidad obrera”, *Bandera Proletaria*, 06/10/28.

³² “Los representantes de la COA, USA y Poligráfica han formulado las bases de la futura unidad obrera”, *La Confederación*, mayo 1929.

³³ “El Partido Comunista frente a la fusión de la Unión Sindical Argentina y de la COA, y a las bases reformistas elaboradas por los dirigentes a espaldas de los obreros”, *La Internacional*, 13/04/29.

³⁴ “Se ha constituido el Comité Nacional Pro Unidad Clasista y de adhesión a la Confederación Sindical Latino Americana”, *La Internacional*, 08/06/29.

³⁵ “Por la unidad obrera”, *La Confederación*, julio 1929, p. 1. “La unidad por encima de todos los prejuicios e intereses creados”, *Bandera Proletaria*, 06/04/29.